

Decimoquinto Domingo del Tiempo Ordinario C2022

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la ley del amor. Muestran que el amor de Dios es inseparable del amor de nuestros semejantes. Nos invitan a renovar nuestro amor a Dios amando a nuestros hermanos y hermanas.

La primera lectura recuerda al pueblo de Israel, por boca de Moisés, la gran obligación que tenía de amar a Dios, de guardar sus mandamientos y de poner en práctica su palabra. Les recuerda también la importancia de la conciencia humana como este sentido interior cuya tarea es mantenerlos en el camino recto de Dios.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es la medida del amor humano. También existe la idea de que los mandamientos de Dios son una fuente de bendición para quienes los guardan. La última idea está relacionada con la certeza de que lo que Dios quiere ya está escrito en el corazón humano para que escuchando la voz de nuestra conciencia podamos conocer los caminos de Dios.

Este texto nos ayuda entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús trata con la ley del amor. En primer lugar, el Evangelio habla de un doctor de la ley que se acercó a Jesús para preguntarle sobre la posibilidad de la vida eterna.

Luego, habla de la reacción de Jesús a su pregunta y de la respuesta que le dio el doctor al resumir toda la ley bajo el amor de Dios y del prójimo. El Evangelio habla también de la respuesta de Jesús y de la reacción del doctor de la ley quien para justificarse, quería saber quién era el prójimo.

A continuación, el Evangelio da la reacción de Jesús con la parábola del Buen Samaritano. El Evangelio termina con la invitación de Jesús al doctor de la ley a hacer lo mismo que hizo el samaritano.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Permítanme comenzar esta homilía contándoles una historia. Un hombre tenía una esposa que tenía un problema de audición. Lleno de amor por ella, el hombre le dijo: “Cariña, estoy muy orgulloso de ti”. Como la esposa no escuchaba bien, reaccionó: “¿Qué dices?”. El hombre respondió: “Estoy orgulloso de ti”. En este momento, la mujer solo dijo: “Ok; Yo también estoy cansada de ti”.

De hecho, el problema de la audición es muy importante hoy como lo fue en el pasado. Déjame ponerlo de esta manera: “¿Qué escucha? ¿Cómo escucha? ¿De dónde escucha? ¿Con qué órgano suyo escucha? ¿Oían con la cabeza o con el corazón?”

Desde el Antiguo Testamento, el problema de la audición ya era el centro de atención de muchos profetas. En la primera lectura de hoy, Moisés lo expresa de manera muy simple: “¡Escucha la voz del Señor, tu Dios”...!

En verdad, hay muchas formas de escuchar, como escuchar por un simple placer, es decir, sin ningún objetivo en particular. Este es el caso de escuchar la música, por ejemplo. También existe la audiencia por el simple hecho de conocer la posición de alguien sobre algunos asuntos. Esto sería como en el caso de escuchar un mensaje de un activista político sin tener necesariamente la intención de votar por él. Hay también la audiencia con la intención de actuar sobre lo que se dice. Tal audiencia provoca una decisión a tomar, una determinación de hacer algo, una determinación de llevar a cabo algunas acciones, porque hemos sido tocados por lo que hemos escuchado.

Este tipo de audiencia es lo que Jesús pidió al doctor de la ley cuando le dijo: “Anda y haz tú lo mismo”. A primera vista, parece que el doctor de la ley conocía muy bien la ley. Y su respuesta a Jesús es correcta porque tenemos que amar a Dios con todo nuestro corazón, con todo nuestro ser, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra mente, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Sin embargo, el contenido de esta ley tiene una consecuencia práctica. Y es aquí que el doctor falló la prueba. De hecho, para los judíos, los paganos y los no judíos no eran considerados vecinos, sino enemigos. Esta es la razón por la que el doctor de la ley replicó sin rodeos a Jesús: “¿Quién es mi prójimo”?

En otras palabras, el doctor de ley quería saber hasta dónde debería llevarlo el amor. Al dar el ejemplo de un samaritano pagano que ayudó al desafortunado en el camino, Jesús nos invita a destruir las barreras que nos dividen y nos excluyen unos de otros. Afirma la primacía de la práctica sobre el conocimiento, la de la compasión sobre las costumbres religiosas. También nos invita a la práctica de la verdadera religión, que es la del corazón y no exteriormente basada en simples rituales.

En este sentido, el verdadero problema no es saber hasta dónde debemos llegar con nuestro amor, sino cómo podemos manifestarlo de manera que abarque tanto a Dios como a nuestros semejantes. Para Jesús, en efecto, cualquiera que tenga necesidad es nuestro prójimo. Por eso, nuestra ayuda debe ser tan amplia como el amor de Dios por nosotros. Nuestra preocupación debe ser práctica y no sólo consistir en sentir pena. Es cierto que el sacerdote y el levita sintieron pena por el herido, pero no hicieron nada para ayudarlo.

La verdadera compasión, en efecto, no consiste simplemente en sentir pena, sino en iniciar actos concretos. Muchas personas prefieren amar en abstracto en lugar de amar a las personas concretas que están a su alrededor. Tienen compasión por el sufrimiento que ven en la televisión, pero no se preocupan por los que sufren a su alrededor. Pero, ¿qué puede hacer Dios con una religión que escapa a los problemas concretos de la gente?

La parábola del Buen Samaritano interpela a cada uno de nosotros en medio de nuestros compromisos en el mundo. Desafía a padres, maestros, estudiantes, políticos, sacerdotes, etc. Nos desafía como cristianos cuando no realizamos la obra de Cristo al amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

La parábola del Buen Samaritano nos recuerda que el amor de Dios va de la mano con el amor de nuestros semejantes. No podemos amar a Dios sin amar a nuestro prójimo, así como no podemos amar a nuestro prójimo sin amar a Dios. La espiritualidad sin humanismo es un callejón sin salida y el humanismo sin Dios es peligroso.

Para ser un buen samaritano, tenemos que entender que todas las personas son hijos e hijas de Dios. Por lo tanto, merecen nuestro amor y nuestra ayuda. Oremos, pues, para que Jesús nos dé el mismo amor que tuvo por los que se acercaban a él. ¡Que nos enseñe que cualquiera que esté en necesidad es nuestro prójimo! ¡Que nos ayude a poner en práctica su palabra que hemos oído! ¡Dios los bendiga a todos!

Deuteronomio 30: 10-14; Colosenses 1: 15-20; Lucas 10: 25-37



Fecha de la Homilía: el Julio 10, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20220710 homilia.pdf